

Delma T. Martín

Dulces  
sueños,  
Violeta



© Editorial Independiente

© Delma T. Martín

Bolg: <http://delmatmartin.blogspot.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/DelmaT.Martin>

Instagram: @delmatmartin

Primera edición: noviembre, 2017

Segunda edición: marzo, 2020

Cubiertas: Juan Carlos Martínez y Mar Creativos ©

[www.marcreativos.com](http://www.marcreativos.com)

Foto de la autora: Víctor Guerrero ©

Corrección: Pedro J. Plaza González

[pjplazagonza@gmail.com](mailto:pjplazagonza@gmail.com)

Editorial Independiente

Ediciones Literarias Independientes, S.L.

[www.editorialindependiente.com](http://www.editorialindependiente.com)

ISBN: 978-84-947841-2-5

Depósito legal: MA 1518-2017

P.V.P: 20,00 €

Impreso por: Publicep IdPrint

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de este libro por cualquier medio sin la previa autorización por escrito de los propietarios del *copyright*.

## PRÓLOGO

### DULCES SUEÑOS

Llevaba mucho tiempo vigilándola, y al fin había llegado el momento. Escondido tras los setos del jardín determinó que aquel sería el sitio ideal para acechar sin que nadie lo viera, y hasta ahora no se había equivocado. Desde donde se encontraba, podía mirar a través de la ventana sin ser descubierto y observar sus movimientos.

Nunca habría imaginado la cantidad de cosas que se pueden averiguar de una persona con solo rebuscar en su basura. Gracias a ello, conocía las marcas de sus cosméticos, su adicción al chocolate, cuándo tenía la menstruación y hasta las veces que mantenía relaciones sexuales.

Hacia aproximadamente dos meses que la había conocido. Tuvo que ir al hospital por un corte que se había hecho en una pierna, nada importante, aunque necesitó algunos puntos. Y allí estaba ella. Era enfermera, preciosa, morena; llevaba el pelo recogido en una cola, pero aun así se advertía que le llegaba a la mediación de la espalda; ojos grandes y piel blanca y sedosa adornaban su rostro. Tan solo con verla supo que era la mujer con la que siempre había soñado.

Mientras le curaba la herida, intentó mantener una conversación con ella, averiguar algo de su vida, mas fue inútil, apenas si le hizo caso y en cuanto terminó su trabajo salió sin despedirse. Aquello lo hizo sentirse mal, no soportaba que la gente lo ignorara y menos alguien como ella. Al salir del hospital resolvió quedarse en el coche y esperar a que saliera de

trabajar, nunca había hecho algo así y la espera le causó una ansiedad inimaginable, pero cuando pensaba en volver a casa recordaba lo mal que lo había hecho sentir y aquello lo ayudaba a continuar esperando. El sueño comenzó a apoderarse de él y pensó que si volvía a repetirse una situación como esa llevaría consigo algo de comer y beber, el mantener el estómago lleno lo ayudaba a menudo a no dormirse. Tras varias horas de espera, la vio salir y, a pesar del cansancio que acusaba su cara, estaba aún más bonita que antes. Se había quitado la bata y ahora vestía vaqueros, camisa blanca y botas; podría medir algo más de un metro setenta y se había soltado el pelo que brillaba a la luz de las farolas. Decidió esperar a que se metiera en su coche, no quería que lo descubriera, y cuando la vio encender los faros comenzó a seguirla.

Mantuvo la distancia. Al llegar a su calle paró a varios metros y apagó las luces, la observó en tanto que metía el coche en el garaje y entonces puso el vehículo en marcha y regresó a casa. Solo quería saber dónde vivía, no obstante, aquella noche no pudo pegar ojo. Su imagen, su pelo, lo estaban volviendo loco, tenía que volver a verla, y así lo hizo. Al principio iba todas las noches al hospital y esperaba a que saliera, se aprendió su horario de trabajo, su nombre... Los días que ella libraba iba a su casa directamente y la observaba por la ventana. Había descubierto que tenía pareja, un hombre prepotente que se creía especial por ser médico. No fue difícil quitárselo de en medio, únicamente había que poner un buen cebo y esperar a que picara.

Una noche, mientras él estaba con ella, entró en su coche y escondió unas bragas en el asiento, una llamada a una prostituta y a aguardar pacientemente. Nunca olvidaría la noche en que ella encontró aquella prenda y le pidió explicaciones, no sabía qué decir y por supuesto ella no lo creyó pero al final consiguió convencerla. Aun así, el primer paso ya estaba conseguido y ahora la desconfianza flotaba en el ambiente al

tiempo que la ramera iba haciendo su trabajo, conquistándolo día a día; para una experta como ella no fue tarea difícil y pronto cayó en sus redes. Lo llevó a un buen hotel —todavía le dolía el bolsillo cuando lo recordaba—, no le salió nada barato, aquella mujer cobraba un alto precio, mas valió la pena. Él se encontraba en la habitación de al lado, preparado con una cámara de fotos. Tenía la llave, entró sigilosamente y desde la misma puerta consiguió sacar algunas fotos bastante embarazosas. El resto fue mucho más sencillo: solo tuvo que mandar las fotos por correo y esperar.

La luz del salón se encendió sacándolo de la evocación de sus recuerdos. Eva, que así se llamaba ella, llevaba una bandeja en su mano. Se sentó en el sofá y la colocó en una mesita, encendió la televisión y se dispuso a observarla a la vez que cenaba. Le encantaba mirar cómo cuidaba esos pequeños detalles, cada día lo mismo, siempre veía sus programas favoritos de la tele a la par que degustaba una ensalada fresca acompañada únicamente de un vaso de agua.

Ajustó los prismáticos para averiguar de qué era la ensalada hoy.

—¡Ensalada de pasta! Buena elección, pero veo que otra vez vas a caer en la tentación. ¡Ay, Evita, ¿qué es esa caja de bombones que has puesto a tu lado?! Sabes que no debes comer muchas golosinas o te pondrás gorda y fea, aunque hoy te perdono, no creo que te dé tiempo a engordar demasiado.

Lo tenía todo preparado. Mientras ella cenase, subiría a su habitación, tenía la mala costumbre de dejar la ventana abierta, y se escondería en el baño, dentro de la bañera, tras las cortinas. Conocía sus pasos, sabía que siempre se refrescaba después de un día duro de trabajo, era lo primero que hacía cuando volvía a casa, y luego, más relajada, se preparaba una cena ligera. Nunca miraría en aquel lugar. Y allí, rodeado de jabones, esperó tal y como tenía planeado a que ella se acostara

al tiempo que se regocijaba oliendo los distintos aromas que envolvían su cuerpo.

No tardó mucho en irse a la cama, era tarde y estaba cansada. Con frecuencia intentaba leer un poco antes de dormir, la ayudaba a relajarse, pero aquella noche decidió no hacerlo. Había ocurrido un accidente de tráfico importante a la salida de Carvil y a la mayoría de heridos los habían destinado a su hospital. Aquella noche tuvo que echar horas extra y se encontraba extenuada, no se demoró su caída en un profundo sueño.

Entretanto, allí se hallaba él, sentado en la bañera. Había cometido un leve error: olvidó secarla antes de sentarse y ahora se descubría mojado. Aquel despiste lo cabreó, tuvo tiempo de sobra para hacerlo y ahora se sentía sumamente incómodo, tenía los pantalones empapados. Se puso en pie tan sigilosamente como fue capaz e introdujo la mano en su bolsillo, debía comprobar que no le faltara nada. En el derecho llevaba un pañuelo y un botecito con cloroformo y en el izquierdo lo que sería la culminación de su gran obra. Había preparado cada detalle con minuciosidad. Se había puesto guantes de látex debajo de otros de cuero, así se aseguraría de no dejar ningún tipo de huellas. Un pasamontañas le cubría la cabeza, evitando que dejara alguna muestra de cabello. Últimamente se le caía mucho, si continuaba así, en poco tiempo se quedaría calvo. Un chándal negro le daba movilidad y lo ayudaba a esconderse en la oscuridad; con unas botas de montaña la vestimenta estaba perfecta.

Lo que más le costó decidir fue de qué manera iba a ejecutar su trabajo. Pensó en un cuchillo y se dirigió a la cocina a cogerlo, pero jamás le había gustado la sangre, era sucia y escandalosa. Debía buscar un método mejor, algo limpio, manejable, que pudiera esconder con facilidad. Y de repente allí estaba, al otro lado de la puerta: un enorme piano. No lo había vuelto a tocar desde que era niño, lo odiaba. Su madre lo

sentaba allí durante horas, obligándole a tocar delante de sus amigas, o cuando realizaba alguna travesura, torturándolo sin parar de tocar hasta que le levantaba el castigo.

Tenía ante sus ojos la solución a sus problemas, al fin le encontró una buena utilidad, mejor que cualquiera que pudiese haber imaginado nunca en su vida. Se acercó a él y con mucho cuidado le quitó una de sus cuerdas, la acarició, se sentía excitado. Aquel trozo de acero robaría su último aliento.

Se hallaba situado detrás de la puerta del baño. Intentaba concentrarse en la respiración de Eva, tenía que asegurarse de que estaba profundamente dormida, mas su corazón le latía tan fuerte que no lo dejaba oír nada. Las manos le temblaban y el sudor le caía por la frente. Antes de salir del baño sacó el pañuelo y lo impregnó de cloroformo, ya no tenía tiempo que perder. Se acercó a la chica que dormía con placidez, le colocó el susodicho pañuelo sobre la nariz y la boca, apenas le dio tiempo a despertarse. Se sentó a su lado y le acarició el pelo. Era la primera vez que la tocaba y sería la última persona que la vería con vida. Sacó la cuerda del bolsillo y, sujetándola con las dos manos, la acercó a su cuello y apretó hasta que su último aliento se escapó por entre sus dedos.

Disponía de todo el tiempo del mundo para disfrutar de aquel momento, y lo iba a aprovechar. Cogió en brazos el cuerpo inerte de la joven y la llevó al salón, donde la sentó en una silla. Después de buscar un cepillo, comenzó a peinarla. Su pelo era suave, brillante. Le hizo una trenza poniendo mucho esmero y la adornó con un gran lazo. Cuando decidió que estaba perfecta, encendió la tele y la dejó viendo su programa favorito.

Delma T. Martín

Dulces  
sueños,  
Violeta





## **Nota**

El libro en su formato de papel se encuentra en su segunda edición y consta de 370 páginas.